

Paris AL MARGEN DE LOS DIAS *Nov 2/40*

RETRATO DE PASAPORTE

Por RAMON VASCONCELOS

(Fue el propósito hacerlo de pasaporte, pero se salió de la medida y ha resultado una ampliación de tamaño natural.)

EL DOCTOR Oscar Soto y Calderón de la Barca me pide con urgencia una biografía del coronel Batista. Es un aprieto. ¿Una biografía del actual Presidente en cinco minutos? ¡Ni los retratos de pasaporte se hacen tan de prisa!

El coronel Batista es hoy por hoy el hombre más difícil de Cuba para la biografía. Tomarlo en instantánea sería exponerse a una captación incompleta de los rasgos. Retocarlo es una superchería contraria a mi sistema. ¡Si uno se pareciera a los retratos retocados...! ¡Si al menos se pudiera detener la acción del tiempo en aquellos que fueron de nuestro agrado! Pero la gráfex no adula ni injuria: reproduce la verdad. Y la misma verdad es cuestión de medio físico, de ángulo, de enfoque natural.

Además, el coronel Batista es un personaje en plena marcha, y los personajes en plena marcha son infotografiables. Cuando se va a tomar una pose, ya han cambiado de sitio. Y de postura. Hacia el fondo de su pasado hay todavía demasiada niebla; hacia el futuro hay quizá demasiada claridad. Tanta, que deslumbra. El presente es sólo un emplazamiento con vista a no se sabe qué y a no se sabe dónde. En rigor, es un prospecto de buenas intenciones. Una maquette que anuncia el monumento, pero que en la realización puede ser inferiorizado o superado por las circunstancias.

Entre masones cada cual tiene la edad de su iniciación. La edad masónica en lo biográfico del coronel Batista comienza el 4 de septiembre de 1933. Hacía entonces 32 años que había nacido en Banes, en un hogar modesto, pero marcado con la hojita de laurel conquistada por el sargento libertador que era su padre. Materiales para el capítulo que corresponde a esa época, si quiere tomarse como antecedente: la monotonía del pueblecito oriental, las estrecheces de la familia, los primeros esfuerzos por aligerar la carga doméstica, en fin, lo que sucede a cualquier muchacho de esa edad y de esa posición. Sólo que unos lo cuentan exagerando los detalles y otros los silencian cuando han tenido éxito definitivo.

Muchas veces el criollo vanidoso inventa blasones y genealogías ilustres para darse importancia. Un mexicano me decía hace años, mientras paseábamos por el Bosque de Chapultepec: "En el país de usted todos descienden de estirpe nobiliaria, hasta los Pérez, los López y los Fernández."

Es un recurso de los indocumentados que necesitan fabricarse una leyenda a falta de una auténtica historia. Pero quien vive la historia, y hasta la hace, como el coronel Batista, lo que suele inventar es la leyenda para darle mayor fascinación a la historia verdadera.

El coronel Batista presume, por ejemplo, de su condición de guajirito pobre. Yo no creo muy al pie de la letra en su guajirez; me parece que es un truco para granjearse la simpatía del campesinado. Blasona también de su aprendizaje ferroviario; y tampoco le doy gran crédito a esas peripecias de adolescente. Fue un guajiro de pueblo y un obrero de ida y vuelta.

Lo que sí ha podido comprobarse es su aplicación. Sus notas de la escuela pública son excelentes. En La Habana, ya en la academia de taquigrafía o ya en el cuartel, sus ocios y sus ahorros los empleaba en la lectura. Se bebía el diccionario y ensayaba arengas. Su pasión ¡ay! es la oratoria, como la de casi todo conductor de multitudes. Cada cual, en sus veinte años, se imaginó que estaba predestinado a grandes empresas. Batista pasó por la misma fase de sobreestimación; con una diferencia: que los demás se quedaron a medio camino o mucho más atrás, mientras que él llegó. ¿A donde se propuso? No, realmente: a donde lo condujo su buena estrella.

¿Es que cada guajirito que nace en Banes o en otra parte, cada genio de su casa, va a estar señalado por el dedo de Dios para la presidencia de la República? Entre millones de niños de la India, uno solo estará bajo el signo de Buda a la hora de escoger el dalai-lama. Multitud de muchachos desfilan por debajo de los balcones de Palacio, y lo más que se les ocurre es mirar hacia arriba por si asoma el Presidente. Y como los presidentes no se van a pasar la vida en el balcón para que los contemplen los muchachos, éstos se concretan a lamentar vagamente la ausencia y olvidan en seguida la contrariedad.

Batista habrá pasado muchas veces por la mansión presidencial sin que le asaltara ni el más leve presentimiento de que algún día iba a ser huésped permanente de ella.

Cuentan de Bonaparte que, en el acto de su coronación, tomó la corona, se la ciñó por sí mismo y exclamó: "¡Dios me la ha dado! ¡Guay del que la toque!", y volviéndose luego hacia su hermano José, le dijo jovialmente al oído: "¡Si papá pudiera vernos...!", con lo que demostraba tener una noción exacta de las cosas del mundo. Únicamente en ocasión de un banquete a que concurrían príncipes y títulos de la más rancia nobleza, al ufanarse algunos de la antigüedad de sus blasones, el desenfadado Emperador explicó con digna arrogancia: "Mi dinastía comienza el 18 Brumario!" Batista pudiera decir: "Mi rango empieza el 4 de septiembre!" Si tuviera escudo de armas, con mayor motivo que un sable figuraría en él un lápiz de taquígrafo en campo de sinople.

Tiene siete años por lo tanto el coronel Batista. A los siete años ni los niños prodigios son mayores de edad. A los siete es sin embargo Presidente de la República. Mayor de edad lo será un poco más tarde, cuando se libere de ciertos ataderos mentales que lo retardan y desorientan. Dos factores maduran al hombre de acción, y son la guerra y el dolor. Con la guerrera limpia, la cabeza lustrosa y el cuadernillo taquígrafo en la mano, lo encontró y lo envolvió la furiosa marejada que culminó en revolución. Ya en el potro cerrero, empuñó con energía la brida, le clavó la espuela y no se desmontó sino para sentarse en la presidencia, dejándolo más manso que un pollino.

Negar es fácil, excepto si la obra está a la vista. Y las edificaciones militares, las escuelitas cívicas, los hospitales, los sanatorios, los reformatorios infantiles, las millonadas invertidas en beneficio casi exclusivo del campesino y del obrero, el socialismo en acción de Batista, no se puede negar, ni siquiera discutir. Con eso solo, ya habría hecho algo excepcional.

¿Y ahora? Eso es otra historia.

Aquí pudiera hacer consideraciones sobre una burocracia congestionada por los trasiegos continuos y por la depauperación del país; sobre un poder fragmentado con apariencia homogénea; sobre un ensayo general de democracia republicana con ribetes castrenses y resabios demagógicos; sobre el estreno de injertos nuevos en organismos decrepitos y de fórmulas futuristas aplicadas a sistemas venerables; sobre juguetes constitucionales mecanizados y susceptibles de descomposiciones imprevistas como todo juego mecánico y por consiguiente artificial. ¿El porvenir? Un día luminoso, en que a lo mejor, llueve. Y hasta truena.

Para enfrenar el ímpetu juvenil, extraer la experiencia del político

y del estadista extraña al hombre de uniforme, pasar el sarampión de las iniciaciones y adquirir la suprema serenidad de los que están de regreso de todos los viajes, se requiere más de un cuatrienio. En 1944 Batista vendrá a estar en sazón como jefe de Estado. Habrá incurrido ya en los errores suficientes para sentir la necesidad de rectificarlos y la voluptuosidad de repetirlos. Habrá conocido a fondo el corazón del cubano y el cubano habrá conocido a fondo el suyo. Recitará los versículos iniciales del Eclasiastés sin haber olvidado los últimos del Cantar de los Cantares. Se sentirá más apto y más ágil que nunca para el gobierno. Y será entonces, por exceso de previsión de los convencionales, que tendrá que retirarse sin haber desenvuelto la mitad de su programa ni aprovechado la lección de cosas del poder.

Si este itinerario no se altera —que si se alterará—, después de una labor constructiva tan intensa como repentista, desarrollada por todos los partidos y por ninguno, con la colaboración de todo el mundo y con la de nadie, el coronel Batista hará el consabido viaje de descanso al extranjero—viaje que ha debido ser previo y largo, para ahorrar inventos que uno cree originales y que ya están hechos en otros países—y, picado de vocación literaria como cualquier hijo de vecino, querrá escribir sus Memorias. Pero serán Memorias prematuras, porque todavía la vida le ofrecerá nuevas oportunidades de acción.

Paris Nov. 2/40



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA